

**LA REIVINDICACIÓN DE LA DIVERSIDAD EN ALDA MERINI.
PARA UNA LECTURA DE “L’ALTRA VERITÀ. DIARIO DI UNA
DIVERSA”**

Assumpta Camps
Universidad de Barcelona

Los hombres son tan necesariamente locos
que sería estar loco de alguna manera
el no estar loco
(Pascal)

1. INTRODUCCIÓN

Decía Michel Foucault hace años en su célebre ensayo *Historia de la locura en la época clásica*, cuyo objetivo no era otro que trazar la arqueología de la conjura de la razón contra la sinrazón -aspecto sin lugar a dudas central en la cultura occidental-, que el cambio (en el imaginario colectivo y en las condiciones reales de vida del “loco”) que nos aparta del tratamiento de la locura propio de la Edad Media y del Renacimiento, se produce en la “época clásica” (es decir, desde el Barroco hasta principios del s. XIX). Dicho tránsito, de la experiencia medieval/humanista de la locura a la nuestra, conllevará el confinamiento de la sinrazón al ámbito de la enfermedad mental, caracterizada, en primer lugar, por la reclusión social. Está sobradamente documentado que tan solo un porcentaje muy reducido de los reclusos (en torno al 10%), por ejemplo, en el *Hôpital Général* (creado en Francia en 1657 para tales propósitos) eran realmente dementes. En la mayoría de los casos, los reclusos eran sujetos que habían dado muestra de escándalo social, o incluso indigentes. La voluntad de preservar el “honor de las familias”, y los principios imperantes de la religión y el orden público eran suficientes para decretar el internamiento de un sujeto, en condiciones que hasta bien entrado el s. XIX eran tan infames que abocaban irremediablemente al individuo al embrutecimiento bestial y a la locura. Por lo que el loco presenta en toda esa etapa una clara relación no solo con la repulsa y la exclusión social, sino con la represión ejercida por el poder sobre el sujeto: el loco se convierte, de hecho, en el símbolo del poder que recluye arbitrariamente.

La reducción de la experiencia clásica de la sinrazón a una percepción estrictamente moral de la locura -que será el verdadero núcleo de las concepciones que el s. XIX hará

valer como científicas, positivas y experimentales-, supone una transformación que se produce hacia finales del s. XVIII en Francia, ligada al proceso revolucionario y a la Declaración de los derechos humanos. Tales cambios se hallan en la base de las actuaciones políticas que comportaron, por ejemplo, la reducción de la práctica del confinamiento en los casos de faltas morales o de libertinaje, las investigaciones prescitas por la Asamblea Nacional Francesa y la Constituyente, así como la abundante serie de decretos y leyes sobre este tema que se sucedieron entre 12-16 de marzo de 1790 y 1791.

Dicha transformación fue, sin lugar a dudas, decisiva. Con todo, en el “asilo” o casa de curas, que surge por entonces como consecuencia, sigue presente la antigua máxima de la represión, construida ahora sobre el concepto de autoridad (del vigilante, del médico) y vigilancia, de enjuiciamiento. La locura se trata como infancia, y el loco se ve minorizado: su condición consiste no solo en una determinada situación psicológica, sino en un estatuto jurídico por el cual se ven alienados sus derechos civiles, en un esquema que reproduce el paternalismo de la estructura familiar burguesa, más tarde puesto de manifiesto desde el psicoanálisis.

2. II

La experiencia de Alda Merini se sitúa muchos años más tarde, en la Italia de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, la situación del interno por motivos psiquiátricos -cuando menos en los primeros tiempos de su internamiento- no había evolucionado mucho hasta el cambio de legislación que supuso la conocida como “Legge Basaglia 180/1978”, promovida por el psiquiatra del mismo nombre que creó la red de asistencia social moderna en dicho país.

Nacida el 21 de marzo de 1931 en Milán, en el seno de una familia humilde, Alda Merini, se dio a conocer como poeta tempranamente (con 15 años publicó su primer volumen gracias a Giacinto Spagnoletti, que fue quien la descubrió)¹, y también muy pronto empezó a dar muestras de inestabilidad psíquica (ya en 1947 fue internada un mes en el Hospital psiquiátrico de San Raffaele Turro de Milán). Dicha inestabilidad persistió, y condicionó enteramente su vida, determinando, por ejemplo, su internamiento en el Hospital psiquiátrico Paolo Pini de la misma ciudad (de 1965 a

¹ Spagnoletti también la incluyó en su *Antologia della poesia italiana 1909-1949*, publicada en 1950.

1972), poco después del fallecimiento de su madre, a la que estaba muy unida. Este es el objeto de su libro titulado *L'altra verità. Diario di una diversa*, escrito a las puertas del fallecimiento de su marido (que aconteció en 1981), y terminado en Tarento (donde se desplazó al contraer su segundo matrimonio en 1983, y donde también presentó problemas psiquiátricos). El libro en cuestión fue escrito con un doble propósito: de exégesis de su dilatada experiencia del manicomio, y de contribución a la emancipación humanística de la psiquiatría.

Los periodos de salud y enfermedad se alternan en Merini durante años, dando lugar a una obra literaria reconocida, tan apreciada y premiada como abundante y dilatada en el tiempo, que va y viene cual Guadiana a tenor de las circunstancias vitales de la autora, cuya fecundidad literaria se corresponde en general con los momentos de mayor estabilidad psicológica. Por lo tanto, la locura, para Merini, no es solo un tema literario: es una realidad innegable que impregnó, en mayor o menor medida, toda su existencia. El *Diario...* que aquí nos ocupa nos muestra la voluntad de narrar el particular descenso a los infiernos que significó esta experiencia, y dejar testimonio de ello.

3. III

3.1. *La presentación*

El *Diario...* empieza con dos poemas de la autora: por un lado “Rimuoovo / le antiche muraglie...” (dedicado a G. Nuti), que significativamente habla de la muerte por amor; y “è inutile che io grida...”, que apunta a esa entidad celestial (que Merini denominará “Dios”) que la reclama. No serán, por cierto, los únicos poemas incluidos en este diario, que la propia autora califica de “opera lirica in prosa” (Merini, 2012: 133) en su conjunto. A menudo salpican el texto en determinados momentos clave. Por ejemplo, en su recaída después del nacimiento de su hija, con “A ciascuno ho da chiedere” (Merini, 2012: 41), donde Merini se pregunta si la locura no es común a todo el mundo; o después de tratar del tema del suicidio en el manicomio, con “Ti ho mandato un messaggio” (Merini, 2012: 102); o bien “un ragazzo che aveva una chitarra...”, para hablar del dolor y la injusticia, que se concretan en la anécdota de un interno al que una enfermera rompe la guitarra, su única distracción y consuelo (Merini, 2012: 108); o incluso “Vado fumando” (un poema que apunta ya al reencuentro de sí misma), al abordar el tema clave del libro, a saber, el convencimiento de que la enfermedad mental no es sino “un disturbo dell'emotività” (Merini, 2012: 120), y como tal debiera ser

tratada de otro modo. El libro se cierra también con poesía: “Le mille metamorfosi...” (Merini, 2012: 122), que nos ofrece un auto-retrato de la autora como mártir; al que seguirá, como cierre de las “Aggiunte in margine”, el poema “Il testimone” (Merini, 2012: 147), para concluir, en la Nota de la edición de 1997 (Merini, 2012: 151-156), con tres poemas más: “Mia sorella”, “Canto dell’ombra della luce” y “La carne e il sospiro” (dedicado a Sergio Bagnoli).

Por otra parte, el “Diario...” va precedido de una “Nota alla nuova edizione” de la propia autora, en la que Merini explica, en cierto modo, el prólogo del libro, obra de su amigo Manganelli, que consiste en un breve fragmento extraído de “*Alfabeto*” (septiembre de 1983). En dicha nota nos muestra su volumen como un libro que presenta la “*folia come spazio d’amore e di ricerca*” en el manicomio (Merini, 2012: 7), a la vez que expresa cuál es el origen del *Diario...*, que no es otro que la *Storia di un’anima* de Teresa Martin, donde se trata de una experiencia similar a la suya -aunque en su caso menos famosa, pues su protagonista murió prácticamente desconocida-. El prólogo de Manganelli al que aludíamos establece las características que él entiende como principales de este pequeño volumen, que no es ni un “documento”, ni un “testimonio”, sino “una ricognizione, per epifanie, deliri, nenie, canzoni, disvelamenti e apparizioni, di uno spazio –non un luogo- in cui [...] irrompe il naturale inferno e il naturale numinoso dell’essere umano” (Merini, 2012: 9). Porque infernal y sagrada, no carente en modo alguno de alegría, es la experiencia manicomial de Merini, en la que la palabra, en su encuentro con las profundidades del dolor del alma humana, se compromete con el reconocimiento del infierno, y halla su salvación a través del bautizo verbal de la desesperación. Esta vocación salvífica de la palabra (que se manifiesta también literalmente en la protagonista cuando recupera la inspiración poética en el manicomio) está en el origen mismo de la composición del *Diario...*

El volumen se nos presenta sin capítulos definidos (excepto cuando la autora se refiere a algún personaje en concreto, cuyo nombre e identidad acostumbra a ocultar detrás de la inicial), aunque fragmentado, sin una continuidad en el plano temporal (de hecho, a menudo va y viene en el tiempo), ni tampoco una disposición temática precisa. Merini escribe desde un presente que no solo está alejado en el tiempo de la experiencia vivida y vagamente recordada (en función de los delirios y los tratamientos que le suministraron en la época), sino que se presenta como una “narración” de si misma desde el psicoanálisis.

Se completa con siete cartas de amor a Pierre, y una breve conclusión final de la autora, donde el lector se confronta con la desconcertante nostalgia de Merini por el manicomio, entendido este como el “tempio di una aberrante religione” (Merini, 2012: 133). En las “Aggiunte in margine” que siguen, Merini confiesa que el *Diario...* fue escrito mucho después de su experiencia en el Paolo Pini (unos veinte años más tarde), en un momento de serenidad (que significativamente corresponde a los momentos finales de la vida de su marido, responsable de su internamiento en 1965). En estos añadidos se recogen, además, una serie de nociones fundamentales para la comprensión del libro: 1) que “la malattia mentale non esiste, ma esistono gli esaurimenti nevrosi, esistono le pene famigliari, la responsabilità dei figli, la fatica di crescerli ed esiste anche la fatica di amare” (Merini, 2012: 137); 2) que existe “otro” manicomio (entendido como reclusión y exclusión social) “fuera”: “Il vero inferno è fuori, qui a contatto degli altri, che ti giudicano, ti criticano e non ti amano” (Merini, 2012: 137); y 3) que “l'emarginazione è anche un diritto sociale”, por lo que Merini reivindica no solo su experiencia en el manicomio (“tutto si fa purificato e perfetto sul piano della follia”, (Merini, 2012: 140), sino el derecho social a la diversidad (Merini, 2012: 138). En los dos *post scriptums* que cierran estas “Aggiunte”, como si se resistiera a abandonar definitivamente el libro, Merini perfila ulteriormente su conclusión, ya sea en el plano confesional (*Post scriptum 1*), interpretando el *Diario...* como “uno stupefacente delirio onirico” banalizado por la clave de lectura psicoanalítica (Merini, 2012: 145), ya sea en lo concerniente a su propósito al escribirlo, es decir, contribuir con la palabra al éxito del psicoanálisis en la emancipación humanística de la psiquiatría (*Post scriptum 2*). Pero el verdadero origen del *Diario...* se halla avanzado el mismo, no solo cuando Merini se interroga sobre el por qué: “Ciò che mi riusciva incomprensibile è come fossi capitata in quel luogo, e che odio mai avesse potuto ispirare mio marito a chiudermi in una casa di cura” (Merini, 2012: 65), sino sobre todo cuando manifiesta su voluntad inquebrantable de sobrevivir a pesar de todo: “E allora ho fatto un libro, e vi ho cacciato dentro la poesia, perché i nostri aguzzini vedano che in manicomio è ben difficile uccidere lo spirito iniziale, lo spirito dell'infanzia, che non è, né potrà mai essere corrotto da alcuno” (Merini, 2012: 99-100), lo que le lleva a dar testimonio y expresar su denuncia:

Io scrivo questo libro non tanto per il piacere di dar sfogo alle mie memorie, quanto per dichiarare apertamente che, se ancora oggi mi porto dietro un simile bagaglio di scontento e di amarezza, tutto ciò lo devo proprio a quella lunga, reiterata degenza, che ha fatto di me poco più di un manichino senza volontà [...] chi meglio di me può dire cosa ci sia stato all'interno di quell'ospedale? (Merini, 2012: 118-119).

En ocasión de la edición de 1997, se añade una nueva nota de la autora (concluida nuevamente con poemas, como ya dijimos). En ella se concretan, por una parte, las causas de su estancia en el Paolo Pini, es decir, su internamiento psiquiátrico debido al abandono familiar y de su marido. Por la otra, la procedencia de los materiales que componen el *Diario...*: el expediente clínico del Dr. Enzo Fabrici, que fue quien la acogió ante dicho abandono, y que la condujo de nuevo a la escritura, “l’única fonte di vita alla quale potevo aggrapparmi per non morire” (Merini, 2012: 150). Con lo cual, se nos perfila en Merini una visión de la escritura como terapia, en sentido psicoanalítico, y una visión de la literatura claramente como sublimación del dolor (“è vero che un grande dolore può fare un grande scrittore” (Merini, 2012: 8).

4. EL RELATO

La narración de los hechos que constituyen el material biográfico del que se compone el *Diario...* inicia con el momento dramático del internamiento de Merini en el Paolo Pini. Sucedió poco después del fallecimiento de su madre, a la que estaba estrechamente vinculada, es decir, ante el dolor de una pérdida, a la que se añadió un agotamiento nervioso: “Le cose andarono di male in peggio tanto che un giorno, esasperata dall’immenso lavoro e dalla continua povertà e poi, chissà, in preda del male, *diedi in escandescenze e mio marito non trovò di meglio che chiamare un’ambulanza, non prevedendo certo che mi avrebbero portata in manicomio*” (Merini, 2012: 14; la cursiva es mía).

Pero en el contexto social en el que se produce este hecho -es decir, un mero estallido de ira-, el acontecimiento desencadena el internamiento en el psiquiátrico, que se verá como la entrada en un laberinto del que le costaría mucho salir: “Ma allora le leggi erano precise e stava di fatto che *ancora nel 1965 la donna era soggetta all’uomo e che l’uomo poteva prendere delle decisioni per ciò che riguardava il suo avvenire*” (Merini, 2012: 14; la cursiva es mía).

La minorización de la mujer y del enfermo mental, propiciada por las leyes de la época está en la base de esta triste historia de reclusión y abuso, que se verá agravada

por el abandono familiar (Merini, 2012: 14), y en la que el marido juega claramente el papel de enemigo².

El primer contacto con el mundo del manicomio resulta brutal y provoca en Merini una lógica rebelión, que debido a su carácter descomunal no hizo sino agravar la situación³. Las imágenes más duras e impactantes del *Diario...* en lo concerniente a la descripción del manicomio corresponden sobre todo a esta primera etapa, en la que se revela fehacientemente el carácter de reclusión del internamiento (las internas son fichadas y les toman las huellas, como a las presas; las atan e inmovilizan; las sedan a la fuerza, etc.). Como resultado del impacto sufrido, Merini queda en estado de coma durante tres días, y se resigna a la muerte.

Inicia en el momento del internamiento el proceso de alienación de la paciente (sobre cuyo análisis nos detendremos más adelante), reducida a un fante de sí misma, embrutecida y convertida en bestia que gime como un perro. El episodio se trata al principio del *Diario...*, pero se ve retomado posteriormente hacia la mitad del mismo⁴. Combina, por un lado, los tratamientos médicos abusivos y el maltrato recibido del personal del manicomio (enfermeras, guardianes, incluso parte de los médicos), con el terror que le suscitan las otras pacientes⁵, a las que ve a menudo como Rina Fort (Merini, 2012: 67)⁶.

Merini no sufre alucinaciones, sino que manifiesta una “quieta morbosa sensibilità” que difícilmente podemos considerar como “demencia”. Sin embargo, la estancia en el manicomio comportará la anulación de su identidad casi por completo, de un modo tal que le impedirá en gran medida relacionarse con los demás durante su internamiento y también después, al salir del Paolo Pini.

² “Dopo qualche giorno mio marito venne a prendermi, ma io non volli seguirlo. Avevo imparato a riconoscere in lui un nemico” (Merini, 2012: 15).

³ “Dai miei visceri partì un urlo lacerante, una invocazione spasmodica diretta ai miei figli e mi misi a urlare e a calciare con tutta la forza che avevo dentro, con il risultato che fui legata e martellata di iniezioni calmanti. Ma, non era forse la mia una ribellione umana?” (p. 14). Esta rebelión inicial se interpreta como su “primera elección” ante el hecho del internamiento. La “segunda elección” será el rechazo del marido cuando la fue a buscar: “scelta che pagai con dieci anni di coercitiva punizione”, según confiesa (Merini, 2012: 15).

⁴ Por ejemplo: “ero così traumatizzata, spezzata, rotta dentro, che non volli seguirli più” (Merini, 2012: 67).

⁵ Desde un principio se expresa en estos términos, que se repiten en varias ocasiones, como por ejemplo: “di quelle avevo proprio una sacrosanta paura come di vipere che mi sarebbero torte all’indietro” (Merini, 2012: 33).

⁶ Rina Fort, conocida como “la belva di via San Gregorio”, fue una famosa asesina de la posguerra italiana que estuvo muy presente en los medios en la Italia de mediados de los años 40, al asesinar el 29 de noviembre de 1946 a la esposa y los tres hijos (de 7 y 5 años, y 10 meses) de su amante.

Con todo, la adaptación se produce al poco tiempo de su ingreso en el manicomio, contemporáneamente al rechazo que experimenta por la sociedad de fuera (incluida la propia familia)⁷. En gran parte también, como expresa Merini en su narración, gracias al encuentro con un interno, Pierre, con quien vivirá una historia de amor que da lugar a uno de los escasos momentos de felicidad en el infierno psiquiátrico. Hasta tal punto que el traslado de Pierre (visto como una verdadera “deportación” propia de los campos de concentración nazis) determinará la huida temporal de Merini (Merini, 2012: 34), y un breve episodio de vida en la calle, junto a otros “residuos sociales” -igualmente excluidos, aunque no reclusos-, con los que se solidariza desde el primer momento;⁸ como lo hará también por muchos de los personajes que encuentra en el manicomio, y que sufren de manera incurable los trastornos psiquiátricos, así como las consecuencias de los tratamientos abusivos⁹.

La estancia en el Paolo Pini duró, como ya dijimos, diez años. Sin embargo, no fue continuada. Merini alternó la reclusión con algún episodio de mejoría en el que pudo regresar a casa. En uno de ellos, volvió a quedarse embarazada de la que sería su tercera hija, Baby (Merini, 2012: 40-41), lo que determinó su estancia (particularmente feliz y serena, en este caso) en casa durante todo el embarazo, hasta el parto, cuando “precipitai nuovamente nel caos e dovetti essere ancora ricoverata e la bambina affidata ad altri” (Merini, 2012: 41). Por el contrario, el cuarto embarazo lo pasó enteramente en el hospital psiquiátrico, y sujeta a un trato denigrante e inhumano. Hasta tal punto que un día decidió prender fuego al hospital y huir para salvar a la criatura (pues le querían provocar un parto prematuro), de donde se derivó su reclusión en una celda del “neorodeliri”, mucho peor que el manicomio donde se hallaba interna habitualmente.

La narración del episodio de este cuarto embarazo y parto resulta especialmente espeluznante y sobrecogedora, y da la medida de los malos tratos a los que estaban sujetas las internas¹⁰. Pero su situación se agrava más, si cabe, cuando a los pocos días

⁷ “Dopo un po’ di tempo cominciai ad accettare quell’ambiente come buono, non mi rendevo conto che andavo incontro a quello strano fenomeno che gli psichiatri chiamano ‘spedalizzazione’ per cui rifiuti il mondo esterno” (p. 22). De hecho, la sociedad, “dal momento che *mi aveva rifiutato e inserito tra quei rifiuti sociali* non poteva e non doveva più esistere” (Merini, 2012: 22; la cursiva es mía).

⁸ “Pensavo a Pierre e con lui a tutti i diseredati che stavano pagando per una società sbagliata” (Merini, 2012: 34-35).

⁹ “piansi con profondo dolore [...] per la sorte di tutti coloro che non potevano sconfiggere quel terribile male” (Merini, 2012: 50).

¹⁰ En efecto: “Ma finalmente venne alla luce e io volevo prenderla tra le braccia e baciarmela e poterle dimostrare la mia gratitudine di essere ancora viva dopo tante peripezie ma me la levarono subito di torno e mi riportarono alla neuro. Lasciandomi là, sporca, con tutto il bisogno delle cure del caso. Per parecchio tempo della bambina non seppi più nulla, finché un giorno, col seno colmo di latte e una vera tempesta

va a casa con su hija, y se topa con el rechazo y la insensibilidad absoluta del marido, lo que determinará el retorno voluntario de Merini al manicomio¹¹.

La narración de la estancia en el Paolo Pini se ve intercalada con varios testimonios de otras pacientes con las que la autora simpatiza. En particular, destaca el de la señora B. (como la autora la denomina), que ilustra, por un lado, el estado de indefensión y minorización sufrido por las internas, y, por el otro, hasta qué punto el manicomio y los tratamientos ahí sufridos son la verdadera causa de la locura de la paciente¹².

En el proceso de “curación” uno de los doctores que la atienden (“il dottor G.”) empleará la terapia de la escritura. Un día le regala una máquina de escribir y la incita a escribir de nuevo, lo que será su tabla de salvación: “E gradatamente, giorno per giorno, ricominciarono a fiorirmi i versi nella memoria, finché ripresi in pieno la mia attività poetica. Questo lavoro di recupero durò circa due anni” (Merini, 2012: 64-65).

La narración concluye con otro momento impactante que corresponde al que describe la salida de Merini del manicomio (Merini, 2012: 120-121), cuando la gente “normal” la trata como si fuera ella una segunda Rina Fort (el referente es particularmente sugerente aquí, pues ella misma había asimilado a las otras internas a la asesina al principio). Y, en efecto, Merini precisa con acierto: “la gente ha paura del dimesso dal manicomio: prevede da lui l’atto incontrollabile e segreto che è inizialmente alla base di tutti i terrori dell’umanità” (Merini, 2012: 121).

A lo largo de toda la narración, el relato de los hechos se va intercalando con el tratamiento de diferentes temas que surgen y reafirman en varias ocasiones. Estos se refieren en su gran mayoría a la relación de la autora con los demás: ya sea su marido (esa “figura decisamente lacerante” Merini, 2012: 92), ese enemigo de quien no recibe más que incompreensión y rechazo) o su familia (la gran ausente, antes y después del

nella mente, non mi alzai come una tigre dal letto ed entrai di botto dal primario e l’apostrofaí così: ‘o tu mi dai mia figlia o io ti ammazzo’. / Fu quella, credo, la prima volta che impazzii davvero. [...] ‘Sono forse una bestia io, che non posso dare il latte alla mia bambina?’, continuavo ad urlare” (p. 54). Y prosigue del siguiente modo: “il latte dovettero levarmelo e quella fu la più dolorosa operazione morale che avessi mai subito dall’entrata in quel terribile luogo” (Merini, 2012: 55).

¹¹ “Un giorno mi disse: ‘Senti. Tu non stai bene. E. D’altra parte, mi sei venuta a noia. La bimba non so veramente di chi sia. Quindi, portala al brefotroffio’. / Mi sentii schiaffeggiata nell’anima” (p. 55). La niña fue efectivamente dada en adopción, y su relación con ella fue compleja y escasa con los años. Este episodio dramático ilustra la difícil relación con los hijos que experimentó Merini, sobre lo que nos entretendremos más adelante.

¹² En efecto, el internamiento de la Sra. B fue debido a una causa bastante banal (“Venni ricoverata in seguito a una febbre dovuta a tubercolosi intestinale”), que le provocó una especie de delirio religioso. En el manicomio se la sometió a todo tipo de vejaciones y malos tratos, y la convirtieron en drogadicta; ahí parió dos veces... atada y amordazada para que no gritara; fue obligada a trabajar como una esclava sin percibir remuneración alguna; y, no en menor orden de importancia, las enfermeras, mujeres ignorantes, la “humillaban” al tratarla de tú, sin ningún respeto (Merini, 2012: 76-80).

internamiento); ya sea también, remontándose a los orígenes de su “neurosis”, la relación con sus padres (de manera inevitable, dado su tratamiento psicoanalítico, que busca las claves de su adoración por la madre y de la imagen de su padre como un “castrado”), relación que determina en parte la que tiene con sus hijas (especialmente compleja y contradictoria, la cual Merini intenta explicar en clave psicoanalítica para hacer frente a la angustia que este tema le provoca). Junto a esto, su visión del amor y del sexo en el manicomio (que oscila entre una indiferencia propia de la renuncia al propio cuerpo, a la obscenidad del acoso, o bien entre varias reflexiones sobre los vínculos entre sexo y demencia, al recuerdo de las escasas relaciones afectivas satisfactorias que vivió durante su hospitalización -especialmente con Pierre-). Asimismo, la relación de la autora con la sociedad de la gente supuestamente “normal”, es decir, los que “están fuera”, ante cuyo rechazo responde con una repugnancia similar, que determina su firme reivindicación de la “diversidad”, tanto como su solidaridad con los otros enfermos y socialmente excluidos. A partir de ahí, y en relación con las deplorables condiciones de vida de los internos, se verá tratado puntualmente también el tema del suicidio como tentación (abordado a partir del caso de una interna que se autolesionaba), como también se suceden las reflexiones de Merini sobre los cambios experimentados por la psiquiatría en Italia a partir de la “Legge Baraglia”, de los que se pudo beneficiar ella misma.

Al margen de lo dicho, y siempre en relación con ese “infierno” de su estancia en el Paolo Pini que Merini describe abundantemente, el lector constata en repetidas ocasiones a lo largo del *Diario...* que la autora experimentó un proceso de espiritualización en esos años. De hecho, la reacción violenta y airada a las penosas condiciones de vida (fruto de una rebelión lógica), solo se produce en contadas ocasiones. Por el contrario, aflora una y otra vez en el texto la propuesta de una salida de carácter místico¹³ (no exactamente religioso)¹⁴, derivada del olvido del cuerpo y el abandono del propio yo, que se produce máxime cuando Merini parece tocar fondo. Junto a ello, se observa la salida del infierno por la vía literaria, es decir, recuperando la escritura, que será la que prevalecerá con el tiempo, gracias a la ayuda del doctor que la

¹³ En efecto, esta parece ser una de las claves de la experiencia de Merini en el manicomio. Varias citas reveladoras insisten en este punto: “l’anima si rarefaceva ogni giorno. Ogni giorno diventavo più spirituale e [...] qualche volta vedevo scendere gli angeli.” (Merini, 2012: 63); “Così capita ai martiri che attraverso la chiusura del proprio corpo, vedono finalmente sprigionarsi l’anima, in un aspetto più libero” (p. 68), ya que “il martirio diventava tanto alto da rasentare l’estasi” (Merini, 2012: 106).

¹⁴ De hecho, la relación con la religión se enrarece a partir de la estancia en el manicomio: “Da allora credo soltanto in un Dio che punisce” (Merini, 2012: 114); “li dentro ci si scordava della religione” (Merini, 2012: 105).

atendía. De hecho, ambas vías se relacionan de algún modo en Merini, puesto que la magnificación del martirio a la que alude la salida mística está en la base de desarrollos literarios posteriores de la autora, como por ejemplo *La Terra Santa*¹⁵.

5. LA DESCRIPCIÓN

Las primeras imágenes del manicomio son muy físicas, muy inmediatas: es un lugar saturado de fuertes olores, poblado por personajes dantescos que inspiran horror. Un lugar donde no hay nada que hacer en todo el día, y donde está prohibido incluso hablar (“li stavamo a guardare per terra come delle colpevoli, ammazzate dalla indifferenza, senza una parola, un sorriso, un dialogo qualunque”, Merini, 2012: 37), o incluso no tener hambre (Merini, 2012: 93). La imagen que más se repite es la del infierno¹⁶. Infierno por “tuto quel putridume” (Merini, 2012: 33), por “quel disordine morale e reale” (Merini, 2012: 33), por la obscenidad ya sea del trato (por ejemplo, véase el atentado a la propia dignidad que supone el lavar cada mañana a las pacientes tratándolas peor que si fueran bestias) o bien de algunos internos (Merini, 2012: 34), por las continuas vejaciones y abusos...¹⁷ Un infierno que se recrudece y muestra todo su horror en la soledad y desamparo de las horas nocturnas, cuando las internas son atadas a la cama, y sufrir de angustia e insomnio está penalizado con el electroshock¹⁸. De ahí procede, sin lugar a dudas, la aversión de la autora por la luna (“oh quella luna corrotta che gravava sopra di noi la sera!, quella, sì, era una luna pesante. [...] In quei momento tutto diventava pesante e terrificante”, Merini, 2012: 60-61).

En ese lugar infernal, entre la fascinación y la monstruosidad¹⁹, se asiste a la contemplación de las penosas condiciones de vida de las internas-reclusas, que muestran

¹⁵ “Le strozzature dello spirito erano orrende, e la carneficina del tuo cuore era esecranda. Ma fu igualmente la Terra Santa perché ci portò alla visione di un io disincarnato, un io che lasciò laggiù le sue ossa, in quella palude secca e selvaggia che si chiama manicomio” (Merini, 2012: 106). A este respecto, véanse *La Terra Santa: Destinati a morire* (1980) y *La Terra Santa* (1983) de la autora.

¹⁶ Por ejemplo: “quella tortura da purgatorio, anzi da girone dell’inferno” (Merini, 2012: 62).

¹⁷ Los abusos comprendían también el empleo excesivo y deliberado de la medicación: “molte vecchiette vennero fatte morire a forza di sedativi” (Merini, 2012: 63).

¹⁸ “Le notti, per noi malati, erano particolarmente dolorose. Grida, invettive, sussulti strani, miagolii, come se si fosse in un connubio di streghe. [...] Ricordo di una paziente che rimase immersa nelle proprie feci urlando a squarciagola per giorni e giorni finché non venne slegata e rimandata in libertà. La poveretta, ovviamente, non sopportava quel genere di umiliazione” (Merini, 2012: 20). Y también: “Perché non dormi? È un dovere!” (Merini, 2012: 103). Hasta el punto que Merini confiesa que “verso l’alba, dopo una notte bianca, silenziosamente piangevo” (Merini, 2012: 74).

¹⁹ Esta dualidad resulta particularmente interesante y está en el origen de ciertas visiones poéticas que la autora desarrolló con posterioridad. Merini recurre en este libro a los grabados que Gustave Doré hizo de la *Commedia* dantesca para ilustrarla.

en toda su dureza el carácter coercitivo del internamiento psiquiátrico en la época. En el manicomio las pacientes son tratadas como bestias por parte de enfermeras no solo ignorantes, sino caracterizadas por fuertes tintes sádicos e inclinaciones lésbicas, verdaderos “mostri di scelleratezza” (Merini, 2012: 31); se ven humilladas y embrutecidas como personas; consideradas poco menos que “carne fresca” para los empleados del manicomio (Merini, 2012: 27-28); sometidas a medicaciones abusivas y al horror del electroshock que las aterroriza y las anula completamente como personas²⁰. El paralelismo entre las internas y las cobayas del “ricovero delle cavie” que existía en el Paolo Pini, donde se llevaban a cabo las investigaciones sobre el cerebro humano, resulta más que evidente:

Bestie lobotomizzate, castrate e, dappertutto, un senso di innaturale forza malvagia, ridotta al massimo della sua violenza. Certe bestie, sotto i veleni delle medicine, avevano perso del tutto la loro identità (Merini, 2012: 28).

Hasta el punto que de la experiencia de Merini se desprende que el hospital psiquiátrico no es en modo alguno un lugar de “curación”, sino de reclusión y alienación,²¹ que enloquece y convierte a los internos en meros fantoches.

De la descripción de ese lugar inmundo donde solo cabe el silencio como defensa, donde el paciente se halla constantemente culpabilizado²², y la enfermedad mental se contempla como manifestación del pecado²³, surge en repetidas ocasiones la reflexión de Merini sobre la vieja y la nueva psiquiatría, nacida de los cambios que introdujo Basaglia en la legislación italiana. Surge asimismo su total convencimiento de que el manicomio es una “institución falsa”²⁴. Más aún, un “campo de concentración”, una “terra maledetta da Dio” (Merini, 2012: 97), que no concluye nunca, puesto que el interno llevará consigo de por vida ese estigma, si es que consigue salir del manicomio (Merini, 2012: 96).

²⁰ “Io cominciavo a piangere e poi finivo col pisciarmi addosso, tanta era stata la paura” (Merini, 2012: 71).

²¹ “L’assenza, la confusione, vennero dopo [l’internamento], a seguito dei farmaci e delle continue vituperazioni da parte degli infermieri e dell’ambiente stesso [...] La mia malattia [...] venne causata, modificata e aggravata dalla inadeguata e deleteria assistenza del manicomio” (Merini, 2012: 118).

²² “Noi venivamo saziati di colpa, quotidianamente; i nostri istinti erano colpa; le visioni erano colpa; i nostri desideri, i nostri sensi erano colpevolizzati” (Merini, 2012: 106-107): “colpevolezza [che] esisteva a seguito di un vecchissimo trauma” (Merini, 2012: 114), desde el punto de vista psicoanalítico.

²³ “il male in sé è peccato, la malattia è peccato” (Merini, 2012: 100).

²⁴ En efecto, los manicomios “altro non servono che a scaricare gli istinti sadici dell’uomo”, puesto que en ellos, junto a verdaderos enfermos mentales, se recluía “anche a gente che veniva internata per far posto alla bramosia e alla sete di potere di altre persone” (Merini, 2012: 42-43).

Con todo, el *Diario...* tiene raros momentos de felicidad, a menudo ligados con breves, pero intensas, experiencias satisfactorias (como el amor que la autora sintió por Pierre), habitualmente expresadas a través de un éxtasis naturalístico, cercano a una experiencia mística, que nos descubre un pequeño edén personal en medio del infierno.²⁵

6. LOS REFERENTES

Un aspecto muy interesante del *Diario...* son los referentes que emplea Merini para describir su experiencia en el manicomio. Estos no siempre son de carácter literario. Ya mencionamos anteriormente a Rina Fort, la famosa asesina de la posguerra italiana, con la que Merini compara a las internas en los primeros tiempos (Merini, 2012: 67), y con la que acabará comparándose a sí misma al salir del manicomio, ante la incompreensión de los demás (Merini, 2012: 121). Cabe añadir aquí algunas referencias procedentes del folclore italiano, como el personaje de “il babau”, ese monstruo imaginario que se utiliza para espantar a los niños, y con el que la autora apunta a la minorización de las internas (Merini, 2012: 89). Como también, los referentes culturales de otro tipo: ya sean artísticos (por ejemplo, la estatua de la “Pietà” de Miguel Ángel (Merini, 2012: 113), o bien Violeta Valéry, la protagonista de *La Traviata*, al tratar sobre la muerte por amor), o de otro tipo, en especial del ámbito religioso: empezando por la alusión a San Francisco (en ese proceso de espiritualización que experimenta Merini en el reencuentro consigo misma, Merini, 2012: 38), a la pasión de Cristo,²⁶ o a la reclusión de las monjas de clausura.²⁷

El *Diario...* inicia remitiéndonos al libro de Adalgisa Conti, del que recoge varios fragmentos (Merini, 2012: 16-17), la cual fue internada en un psiquiátrico en circunstancias similares a las de Merini y sufrió los mismos abusos. Habitualmente los referentes literarios apuntan a imágenes o escenas relacionadas con el infierno o con personajes que inspiran terror o repulsión, como sucede, por ejemplo, con las brujas de *Macbeth* (Merini, 2012: 32) para describir a las internas en su degradación corporal, o

²⁵ Por ejemplo, en la contemplación del jardín del manicomio en verano, que lo convierte en un lugar idílico (p. 60); o en la visión de las rosas, ante las cuales se ve a sí misma como una “abeja golosa”: “conobbi in quel momento la vera natura di Dio” (Merini, 2012: 110).

²⁶ “Mi leggarono mani e piedi e in quel momento, in quel preciso momento, vissi la passione di Cristo” (Merini, 2012: 66).

²⁷ En efecto, las internas son vistas como “suore dell’eterno supplizio” (Merini, 2012: 113), y la reja que las separa del mundo exterior, “poteva essere quella la grata delle carmelitane. Invece era la grata dell’inferno” (Merini, 2012: 116).

con el mito de Cronos que devora a su progenie (Merini, 2012: 43) para explicar la compleja relación de Merini con sus hijos. Aunque también pueden remitirnos a un determinada atmósfera, como sucede con *I Malavoglia*²⁸ de Verga. Dante es un referente muy recurrente en ese libro, habitualmente por el *Inferno*, que nutre de imágenes el horror de la experiencia de la autora²⁹, como cabía esperar, pero también, curiosamente, por el nombre que ella misma se atribuye, de innegables resonancias dantescas: Beatrice (Merini, 2012: 113), y que nos muestra como su experiencia del “infierno” difiere substancialmente de la de otros por su capacidad de no abandonarse nunca completamente a él³⁰. Hasta tal punto que la autora podrá equipararse al final de su experiencia a la Aminta de Tasso (Merini, 2012: 141).

Otro referente que surge en varias ocasiones son las tragedias de Shakespeare, ya sea con *Macbeth*, como ya dijimos, o bien con *Othello*, al describirse a sí misma como Ofelia ante el abandono de su marido³¹. Pero también con *Romeo y Julieta*, al tratar de su amor imposible por Pierre (Merini, 2012: 33). La *Metamorfosis* de Kafka aparece evocada igualmente en varios momentos para hablar de la condición en la que cae el enfermo mental en el manicomio, o bien del sentimiento de culpa que impregna la vida del interno en su totalidad³².

Por su parte Freud y el psicoanálisis son referentes ineludibles en buena parte del libro, ya sea para describir la experiencia en el manicomio y tratar de los cambios experimentados en la psiquiatría italiana, ya sea para hablar de los supuestos traumas de Merini, que nos remiten a nuevos referentes: D’Annunzio y Titán, dos figuras que la autora contempla como equivalentes, al exponer su visión del personaje masculino como un violador.

El *Diario...* concluye con una última referencia literaria en la nota a la edición de 1997, que nos remite a una cita del poeta Rainer Maria Rilke: para Merini, expresarse después de la muerte (y su estancia en el Paolo Pini equivale a una experiencia de la

²⁸ “C’era e c’è in quel romanzo, una simile atmosfera di aspettazione mista ad una intensa disperazione, e una sottomissione al fatto, alla pachezza delle proprie cose...” (Merini, 2012: 105).

²⁹ Véanse las pp. 62, 100, 116, o incluso p. 115 donde se mencionan las ilustraciones que G. Doré hizo de la *Commedia*.

³⁰ El contraste se establece ya en “Le Aggiunte...” con respecto a *Dall’inferno* de G. Manganelli, pero es una idea recurrente en varios momentos del *Diario...*: “scritture ignote, algebre, parodie sommesse e languide sinfonie; io ho rasentato il macabro e il pútrido senza però mai cadervi del tutto e bastava la letizia di un fiore a ricondurci alla ragione” (Merini, 2012: 141; la cursiva es mía).

³¹ “Così la mia bellezza si era inghirlandata di follia, ed ora ero Ofelia, perennemente innamorata del vuoto e del silenzio” (Merini, 2012: 107).

³² Véanse pp. 68, 107 y 114.

muerte) es como “un improbo ricupero di forze per avvertire un po’ di eternità” (Merini, 2012: 150).

7. CONCLUSIONES

La moral del libro (y quizá de la experiencia vital de Merini en su conjunto), tan sorprendente como desgarradora, es solo una: “L’uomo è socialmente cattivo, un cattivo soggetto. E quando trova una tortora [...] gli butta addosso le proprie colpe, e, così, nascono i pazzi. Perché la pazzia, amici miei, non esiste. Existe soltanto nei riflessi oníricos del sonno e in quel terrore che abbiamo tutti, inveterato, di perdere la nostra ragione” (Merini, 2012: 123).

Foucault nos hablaba, al inicio, del terror y la fascinación que ha suscitado desde tiempos inmemoriales la locura, y que ha poblado de imágenes nuestro imaginario colectivo, nutriendo el arte y la literatura occidental durante siglos. Terror –y a la vez fascinación- que descubrimos cuando nos asomamos al abismo, en ese pavor por la sinrazón siempre dispuesta a amenazar las profundidades del alma humana. El *Diario...* de esta “*diversa*” que fue Alda Merini constituye un buen ejemplo de ello.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Foucault, M., *Historia de la locura en la época clásica*, trad. de Juan José Utrilla. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1967.
- Merini, A., *L’altra verità. Diario di una diversa*. Milán, Rizzoli, 2012.